EL BIGOTE RUBIO

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

Estrenada en el TEATRO LARA la noche del 5 de Noviembre de 1895

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono núm. 551

1895

A la Sra. D.ª Josefina Barnés de Gómez

Distinguida amiga y señora mía:
Dedico á usted esta comedia.

Si la juzga digna de figurar en el repertorio de su lindísimo teatro, podrá envanecerse de haberla escrito quien es de usted siempre amigo afectísimo

Q. B. S. P.,

Miguel Ramos Carrión

723558

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CLEMENCIA	Sra. Pino (R.).
LA GENERALA.....	Valverde.
EL CORONEL.....	Sr. Ruiz de Arana.
EL PROFESOR.....	Larra.
EL ASISTENTE	Barbero.

LA ACCIÓN EN BARCELONA

Época actual

Derecha é izquierda las del actor

ACTO UNICO

Gabinete elegante. Balcones al foro; el de la derecha con persiana corrida sobre la barandilla y el de la izquierda con transparente. Puertas laterales. En segundo término derecha, mesa con bargueño encima y espejo. Mecedora, sillas volantes. Mesita pequeña en el centro. Divan en el foro centro. Tiestos con plantas en los balcones; todo lo más bonito y elegante que sea posible.

ESCENA PRIMERA

CLEMENCIA bordando, EL CORONEL junto al balcón, sentado en la mecedora, vestido de uniforme. En lugar de la guerrera tiene puesto un batín (1)

CLEM. Santiago, que te duermes.

COR. No, hija mía, no. Pero la verdad es que no tendría nada de extraño, porque como he pasado en vela toda la noche...

CLEM. ¿Y á qué vienen ahora esas cuarteladas?

COR. No lo sé. Acaso teman algún movimiento revolucionario. Lo cierto es que el General toma esas precauciones y nos fastidia.

CLEM. Es verdad, nos fastidia, porque á mí no me hace maldita la gracia pasarme sola toda la noche.

COR. Pues hoy es posible que suceda lo mismo...

CLEM. ¿También hoy?

(1) La colocación de los personajes está indicada desde el escenario; es decir, que la derecha é izquierda son las del actor.—Coronel—Clemencia.

COR. Probablemente.

CLEM. Es lo único que me disgusta de Barcelona. La vida de guarnición resulta aquí mucho más penosa que en Madrid, mucho más.

COR. Sí, mucho más.

CLEM. Allí tenías bien poco que hacer: tu revista diaria al regimiento, algún ejercicio de tarde en tarde y se acabó. Felizmente pronto ascenderás á General y entonces... como nos dejarán de cuartel, iremos á donde queramos y haremos una vida tranquila. Has de saber que yo no tendría inconveniente en permanecer aquí. Barcelona me agrada mucho, es una población muy animada, muy alegre y donde se vive como se quiere... En cuanto asciendas tomamos un hotelito en San Gervasio ó en Bonanova con su jardinito para cuidarlo yo: es mi bello ideal. Tendré gallinitas y palomas y patos y cerditos... ¡Santiago, que roncas!

COR. ¡Ah! Sí, tengo mucho sueño, hija.

CLEM. Echate la siesta...

COR. (Levantándose y paseando por la habitación.) No puedo; necesito ir á las tres á la capitanía general... Una adquisición de utensilios... ¡Malditos utensilios! Me tendrán allí hasta sabe Dios qué hora... Si no... ya lo creo que me echaba.

CLEM. Pues ya son las dos y media.

COR. Ahora iré. Tomo el tranvía y en un momento llego. Me divierte poco tener que salir á estas horas y con tanto calor...

CLEM. Vístete de paisano y así irás más fresco... ponte el trajecillo de alpaca... ¿Quieres que lo saque?

COR. Pero, mujer, ¿cómo he de ir sin uniforme á un acto del servicio?

CLEM. ¡Ay, es verdad! Sin embargo, por las noches, cuando las pasas en el cuartel, vas de paisano. (Se levanta y coloca sobre la mesita el cestillo de la labor mientras habla el Coronel.)

COR. (Tosiendo.) (¡Demonio!) Sí, es verdad; pero... eso es porque el capitán general... ¿comprendes? nos ha recomendado que vaya-

mos sin uniforme para no llamar la atención; para que la gente no se entere de que se toman precauciones y evitar alarmas...

CLEM. ¡Ah, ya!

COR. Eso es. (Tose.) Vaya una tosecilla pesada.

CLEM. Eso es irritación; debes refrescar. Voy á mandar que te hagan un cocimiento de malvabisco y lo tomas con leche: verás qué bien te sienta.

COR. No, mujer, no; ya se me ha pasado. ¡Qué buena eres y qué cariñosa! (1)

CLEM. ¡Vaya! ¡Pues con qué menos puedo pagar lo que me quieres, bigotazos! (Tirándole de ellos cariñosamente.) Parece mentira que con esa cara fosca tengas un carácter tan apacible, tan dulce

COR. Eso te parece á tí; pregunta en el cuartel.

CLEM. ¡Es natural! No vas á estar haciendo cariñitos á los soldados. Pero ellos bien te quieren, lo cual prueba que eres muy bueno. ¡Si vieras lo que yo gocé el otro día oyendo hablar de tí al asistente y al ordenanza!

COR. ¿Qué, qué decian?

CLEM. Estaban en el comedor sin saber que yo les oía desde la despensa y decía Pérez: (Imitando el acento gallego.)—No hay en el mundo una persona como mi coronel; tiene un corazón de oro.—Y le contestaba Rodríguez: (Con acento andaluz muy marcado.)—Ez el hombre máz bueno que yo he conocío; cuando riñe lo hace de un modo que dan ganas de darle un abrazo.—¿Pues y la señora?—añadía Pérez,—porque también para mí hubo un poquito de incienso—esa es un ángel.—Nada menos que un ángel. (Riéndose.)

COR. ¡Y es verdad!

CLEM. Y añadían que en esta casa estaban como en la gloria.

COR. Naturalmente, si somos dos ángeles...

CLEM. Y tales elogios hicieron de tí, que no había más que quitar á un santo del altar para colocarte.

---

(1) Coronel—Clemencia.

COR. Más vale así.

CLEM. Excuso decirte que me salí de la despensa porque no cabía de lo hueca que me puse.

COR. ¡Tontuela! (Acariciándola.)

CLEM. Pero no necesito yo que me lo digan para saber que eres el hombre más bueno del mundo.

COR. No exageres.

CLEM. El mejor. (Abrazándole.)

ASIST. (Saliendo de la segunda izquierda.) ¿Ze puede?

COR. Adelante. (Separándose de Clemencia.)

ASIST. La zeñora Generala.

CLEM. Que pase, que pase aquí. (Vase el asistente.)

COR. Me alegro de que venga, porque así no te quedas sola.

ESCENA II

DICHOS y LA GENERALA por la segunda izquierda con el cestito de labor. Viste con elegancia y lleva pendientes del cinturón unas tijeras para costura sujetas por una cadenita ó un cordón

GEN. Buenas tardes, vecinos. Aquí me traigo la labor. ¿Cómo va, Clemencia? ¿Y usted? (Dejando el cestito de la labor sobre el velador.)

COR. Sin novedad, Generala. (1)

GEN. ¡Hombre, ya le he dicho á usted que haga el favor de no llamarme así ó llamo yo á su mujer Coronela. ¡Coronela! ¡Generala! (Como si arreara.) Vamos á parecer dos mulas del tranvía.

COR. (Riendo.) Yo la llamaré á usted como quiera.

GEN. Pepita, nada más que Pepita, aunque esté gorda y vieja...

COR. Y CLEM. Eso no...

GEN. Yo seré Pepita toda mi vida.

COR. ¿Y el General?

GEN. Bien, muy bien, demasiado bien.

CLEM. ¿Cómo demasiado?

GEN. Sí, hija, sí; porque si tuviera los alifafes

(1) Coronel—Generala—Clemencia

propios de su edad estaría más tiempo en casa y no andaría por ahí de la ceca á la meca. Ahora ha salido á caballo; dice que iba á dar un paseo hasta Badalona; pero Dios sabe á dónde irá, porque yo no me fío...

COR. Hace usted mal.

CLEM. Muy mal.

GEN. ¡Claro! Si todos los esposos fueran como el tuyo, ya podían sus mujeres vivir tranquilas.

COR. Gracias por el elogio. (Clemencia le mira con cariño.)

GEN. Si es sabido: cuando hay que poner algún ejemplo de maridos cariñosos y fieles, sobre todo fieles, ya le están citando á usted; pero el mío...

CLEM. Esas son aprensiones...

COR. Aprensiones nada más.

GEN. Sí, sí. Cuando ascendió á general de brigada, hace tres años, lo dejaron de cuartel, pero... ¡sigue en activo! Créanmelo ustedes.

COR. (Riendo.) Yo, con su permiso, voy á ponerme la guerrera, porque tengo que salir. (Vase primera derecha.)

GEN. Vaya usted con Dios.

ESCENA III

GENERALA y CLEMENCIA

CLEM. Siempre está usted de broma. Carácter más envidiable no lo he conocido.

GEN. Sí, hija, sí; un carácter hermoso... en la apariencia. Yo tomo las cosas así, porque, ¿qué consigue una con ponerse furiosa? Nada. Pero algunas veces... hoy, por ejemplo, te aseguro que á pesar de mis cuchufletas estoy que ardo.

CLEM. ¿Por qué?

GEN. ¿Ves esta sonrisita? Pues la procesión anda por dentro. ¡Pero qué procesión! Ni la del *Corpus* en Toledo.

CLEM. ¿Es posible?

GEN. No quiero que se entere tu marido. Ya te contaré lo que me pasa. A eso he subido principalmente .. La labor es un pretexto; ¡buena estoy yo para labores! Tenemos que hablar mucho. Necesito de tus consejos, de tu serenidad, de tu buen juicio.

CLEM. Gracias. Me tiene usted dispuesta á servirla siempre.

GEN. ¡Ya lo sé, ya lo sé! (De pronto.) ¿Tú creerás que mi esposo es un General?

CLEM. De brigada.

GEN. Pues no es tal General: ¡es un cadete! (Se oye cantar al Coronel que á poco sale.) ¡Chist! Que viene tu marido.

ESCENA IV

DICHOS y el CORONEL de uniforme, por la primera derecha

COR. Queden ustedes con Dios.

GEN. Vaya usted con él.

CLEM. Hasta luego.

GEN. Anda, mujer, anda á despedirle. Me volveré de espaldas para que se den ustedes el abrazo de costumbre. En mi casa nadie tiene que volverse de espaldas para no ver esas cosas

COR. ¡Qué gana de broma tiene usted!

GEN. ¡Mucha!

CLEM. Hasta después.

COR. Adiós. (Abrazándose.)

GEN. (Sin querer, les miro con el rabillo del ojo.)

ESCENA V

DICHAS menos el CORONEL

CLEM. Vamos, hable usted, que me tiene impaciente. (Sentándose.) (1)

GEN. Oye, hija mía, oye; te lo diré en muy pocas palabras· mi marido me la pega.

---

(1) Generala—Clemencia á la izquierda de la mesita.

CLEM. (Asombrada.) ¡El General!

GEN. No tengo otro, desgraciadamente.

CLEM. ¿Pero es posible?

GEN. Como lo oyes. Con sus sesenta y dos años, su seriedad y su entorchado, vuelve á las andadas..

CLEM. ¡Ah! Pero antes...

GEN. ¡Era un horror! De capitán á teniente coronel, sobre todo, no tienes idea de los disgustos que me dió. Por supuesto, que yo le armaba cada cipizape que ardía la casa. Ya ves si tiene cruces bien ganadas en el campo de batalla; pues merecía más por la guerra doméstica, que ha durado no sé cuantos años. Por fin hace algunos, cuando ascendió á coronel, entró el hombre en razón y no tuve ningún motivo de queja. ¡Fuí dichosa! Porque yo le quiero, le quiero tanto como cuando nos casamos: le veo todavía de capitán de lanceros, tan gallardo á caballo, (Levantándose.) tan airoso á pie, haciendo con las espuelas un ruido... (Andando con marcialidad.) chis.. chis... chis... que me resonaba aquí dentro ¡Qué guapo era entonces! ¡Cómo se cambia con los años! (Se sienta.) ¡Porque mira que ahora es feo!

CLEM. Tanto como feo...

GEN. Sí, hija, sí; feísimo. Todo calvo, sequito, y con aquel bigotillo blanco, recortado, que parece que lleva aquí el cepillo de los dientes...

CLEM. ¡Qué cosas tiene usted!

GEN. ¡Pues le adoro! Pero volvamos á la historia. Esta mañana fuí á buscar dinero en el *secreter*, y al abrir uno de los cajoncitos, tiré sin querer de otro que hay en lo más hondo del mueble y me encontré con esto. (Sacando del cestito de la labor un sobre grande con tres retratos grandes de señora vestida de gimnasta y diecisiete cartas.) ¡Mira! (Dandole un retrato.)

CLEM. ¡Calle! Esta es la hermosa Dalila, la gimnasta que trabaja en el Circo ecuestre.

GEN. La misma. Ahí la tienes, en tres posturas diferentes. Aquí, tirando un besito al público,

como cuando la llaman á la pista. (Haciendo ella el movimiento.)

CLEM. ¡Qué bien está!

GEN. ¡Muy mona! En este otro, bajando por la cuerda. (Imitando la actitud.)

CLEM. Está muy parecida.

GEN. Y en éste, haciendo una plancha en el trapecio. (Idem.)

CLEM. Bien, pero esto no prueba nada; el General puede haber comprado estos retratos que se venden en todas partes.

GEN. ¿Y estas cartas se venden también?

CLEM. ¿Cartas?

GEN. ¡Diecisiete! Cuando las ví, cegué. No puedes figurarte el escándalo que ha habido en mi casa. Yo no sé como no os habéis enterado.

CLEM. No se ha oido nada.

GEN. De milagro, porque yo he puesto el grito en el cielo.

CLEM. ¿Y el General, qué ha dicho?

GEN. Dice que todo esto se lo ha dado á guardar un amigo suyo. ¡Figúrate si la disculpa es inverosímil! ¡Un amigo! En primer lugar, él no tiene más amigo íntimo que tu esposo, y á éste, hay que descartarle de esta clase de aventuras.

CLEM. Afortunadamente.

GEN. Además, mi marido me tiene tan acostumbrada á estos descubrimientos, que no me es posible dudar. ¡El jaleo ha sido de primer orden! Figúrate la impresión que me habrá hecho, cuando vivía yo tan tranquila, cuando pensaba todos los días mirando á Jaime: éste ya no... ¡Pobrecito! (Con lástima.) ¡Buen pobrecito está! (Con indignación.) El muy hipócrita juró y perjuró que todo esto era un depósito sagrado, que no podía decirme quién era el dueño de las cartas y los retratos, y me los arrebató, encerrándolos en el mueble. Después, me dijo con la mayor tranquilidad:—Ahora, puedes creer lo que te dé la gana. Yo me voy hasta Badalona, á dar un paseito á caballo.—Pues haces

mal, le dije, porque ya no estás para esos trotes.—Me miró, se sonrió y se fué. ¿Qué te parece?

CLEM. ¡Que será verdad lo que ha dicho! ¿Por qué no ha de serlo?

GEN. Yo, para convencerme, descerrajé el mueble, cogí todo esto y aquí me vine.

CLEM. Pues fácil es, por el contenido de esas cartas, averiguar si en efecto son para el General ó no. ¿Qué es lo que dicen?

GEN. ¡No lo sé!

CLEM. ¿Pero usted no las ha leído?

GEN. Quise devorarlas en cuanto las cogí; pero están en francés, y yo no las entiendo. Por eso necesito de tu auxilio; tú harás el favor de traducírmelas.

CLEM. ¡Yo! ¡Si no sé francés!

GEN. ¿Que no lo sabes?

CLEM. Ni una palabra.

GEN. Eso lo dices para evitarme un disgusto. Cuando yo iba á la escuela no se enseñaba el fráncés, pero tú ¿no has de haberlo aprendido?

CLEM. Recuerde usted que me eduqué con mi pobre tía en Benavente, que no he ido al colegio nunca... Después, ya hecha una mujer, me ha dado vergüenza ponerme á aprenderlo... y le juro á usted que no entiendo una jota.

GEN. ¡Dios mío! ¡Qué contrariedad! Yo que esperaba tener todo esto traducido para cuando Jaime volviese de su paseito metérselo así por las narices...

CLEM. Pues siento no poder proporcionar á ustedes ese goce, que al cabo y al fin vale más que no lo satisfaga. Créame usted; procure evitarse mayor disgusto, y...

GEN. ¡Eso, de ninguna manera! ¡No faltaba más! Entonces, ¿para qué he descerrajado el *secreter?* Yo he de convencerme hoy mismo de la verdad; yo he de saber lo que dice todo esto. Algunas cosas sí se entienden: por ejemplo: mira la dedicatoria de este retrato. (Leyendo como está escrito) *A mon bijou.*

CLEM. No sé lo que dice.

GEN. Pues está clarísimo... *A*... al; *mon*, mono; *bijou*, viejo. ¡Al mono viejo, mi marido!

CLEM. (Riéndose.) ¡Qué atrocidad!

GEN. No te quepa duda.

CLEM. Pero, ¿cómo había de insultarle así en la dedicatoria?

GEN. No; si es como diciéndole: viejo monín... Tú no sabes lo que son esas prójimas cuando escriben estas cosas. ¡He leído yo cada cartita de estas!... ¿Y qué dirá, qué dirá aquí?

CLEM. Prefiera usted ignorarlo.

GEN. Nada, no me hagas reflexiones, porque es inútil; quiero saberlo, y lo sabré. Ahora mismo voy á buscar alguien que me las traduzca.

CLEM. Si quiere usted que yo se las dé á mi marido... El posee el francés como el castellano.

GEN. ¡Tu marido! ¡No es mala idea. Pero, no; acaso sabrá todo esto. ¡De seguro! Entre tu esposo y el mío no hay secretos... Haría una traducción falsa para tranquilizarme. No me conviene... Voy á casa de Lola; esa siempre está leyendo novelas en francés... Lo posee á la perfección, y me traducirá todo esto en seguida. Mucho siento enterarle de lo que no la importa. Se lo contará á todas las amigas; pero, ¡qué remedio! Voy á vestirme. (Medio mutis y deteniéndose de pronto.) ¡Ah! (1) Sí; ¿cómo no se me había ocurrido antes?

CLEM. ¿Qué?

GEN. ¿No recuerdas que en esta misma casa, á la puerta de la calle, hay colgado un cartelito que dice: «Profesor de idiomas, piso cuarto, derecha.»

CLEM. «Se dan lecciones á domicilio.» Es verdad, he visto el cartelito.

GEN. Ese profesor de idiomas es mi salvador.

CLEM. ¿Va usted á subir?

GEN. No; haré que baje. (Llama con el timbre.)

---

(1) Clemencia—Generala.

CLEM. ¿Aquí?
GEN. ¿Tienes algún inconveniente?
CLEM. Ninguno, ya sabe usted que está en su casa.

ESCENA VI

DICHAS y el ASISTENTE por la segunda izquierda

ASIST. ¿Llamaba la zeñora?
GEN. Sí; oye.
ASIST. Mande vuecencia.
GEN. Vas á subir á escape al piso cuarto de esta misma casa.
ASIST. Zí, zeñora.
GEN. Piso cuarto de la derecha.
ASIST. Zí, zeñora.
GEN. Preguntas si vive allí el profesor de idiomas.
ASIST. Zí, zeñora.
GEN. Si ha salido...
ASIST. Zí, zeñora.
GEN. ¿Cómo sabes tú que ha salido? ¿Le conoces?
ASIST. No, zeñora; digo que diré lo que vuecencia diga.
GEN. ¡Ah, ya! Pues si ha salido, le dejas recado para que venga á hablar conmigo aquí en cuanto vuelva.
ASIST. Zí, zeñora.
GEN. Y si está en casa, que baje al momento contigo, si es posible; que se trata de un asunto urgentísimo, urgentísimo; no se te olvide. ¡Anda, á escape!
ASIST. Zí, zeñora. (¡Urugentísimo!)(Volviéndose al salir.) Zí, zeñora. (Vase.)

ESCENA VII

LA GENERALA y CLEMENCIA

GEN. Por fin saldré de esta cruel incertidumbre. . es decir, me aseguraré más, porque bien convencida estoy de que es cierto. ¡A su edad! ¡Parece increible! (¡Mamarracho!)

CLEM. ¡Quién sabe todavía, quién sabe! (Se sienta cada una á un lado de la mesita del centro.)

GEN. ¡Mira, mira, qué esquelitas tan cucas! Todas con un membrete caprichoso y en el centro el nombre de la muy... Dalile.

CLEM. Sí que son lindos los plieguecillos.

GEN. ¿Qué dirá todo esto? Mentira parece que con una letra tan clara resulte tan obscuro. (Leyendo siempre el francés tal como está escrito y muy marcado.) *Demain vendredi... Demain...* demonio... *vendredi...* ¿vendrás, dí? Aquí le pregunta que si irá y le llama demonio. Se conoce que estaba incomodada.

CLEM. ¿Qué ha de decir eso?

GEN. Puede que sea algo peor.

CLEM. También es posible.

GEN. (Leyendo otra carta.) *A minuit. Viens toi cette soir. J'ai besoin de l'etendre tes moustaches blondes... Moustaches...* mostachones... *blondes..* blandos. Esto se entiende muy bien... Té con mostachones blandos... tiernos... Por lo visto le gustan los mostachones... ¡Golosa! *Que j'aime tant.* ¡Ay, Dios mío! (Levantándose.) Mira, mira; ya no cabe duda. Jaime, aquí dice Jaime... ¿Dudarás todavía?

CLEM. (Leyendo.) Sí, Jaime dice. (Levantándose también.)

GEN. ¿Lo ves? ¿Te convences ahora?

CLEM. Poco á poco: repare usted que entre la jota y la á hay un acento.

GEN. Ese es el acento francés. Eso no significa nada; como es francesa no sabrá escribirlo bien. ¡Jaime, Jaime dice bien claro! *J'aime tant.* ¿Qué será esto de *tant...* ¡Jaime! ¡Lo mato!

CLEM. ¡Prudencia, por Dios!

GEN. (Leyendo otra carta.) *Mon Jaques. Remerciments par ton cadeau. Il es precieux.* Esto no se entiende: ¡bueno será ello! *¡Toujours á toi, ¡A toi! ¡A toi!*

CLEM. No se atormente usted en balde. Luego sabremos lo que dicen esas cartas, y tal vez su verdadero significado llevará al ánimo de usted el convencimiento de que su esposo le ha dicho la verdad.

GEN. ¡Quiá! No me hago ilusiones. Le conozco bien! (Leyendo otra carta.) *Nous brouillerons si tu regardes une autre foi... ¡Une autre foi!* ¿Qué será esto? *A Mademoiselle Descartes... Mademoiselle...* mándame sellos... *Descartes*, para las cartas. ¡Esto también está clarísimo! (Clemencia se ríe.) ¡No te rías!

CLEM. Dispense usted.

ASIST. (Saliendo por la segunda izquierda.) ¿Ze puede?

GEN. Adelante.

ASIST. Aquí está eze caballero.

GEN. ¡Que pase, que pase! (Gracias á Dios.)

ESCENA VIII

DICHAS y el PROFESOR, por la segunda izquierda, con un quitasol bajo el brazo

PROF. ¿Dan ustedes su permiso?

GEN. Pase usted.

PROF. Señoras, estoy á los piés de ustedes. (Deja el quitasol en el rincón de la izquierda.) Tengo sumo gusto en ofrecerme á su disposición y les agradezco la honra que me han dispensado al querer utilizar mis servicios.

GEN. Tome usted asiento. (El Profesor se sienta á la derecha de la mesita, la Generala á la izquierda, cada uno en una silla volante. Clemencia en la silla que habrá entre las dos puertas de la izquierda.)

CLEM. (¡Qué tipo.)

PROF. Mil gracias, señoras. (Hablando siempre en tono de discurso.) Dedicado á la enseñanza de los idiomas desde hace muchos años, puedo asegurar á ustedes, dejando aparte la modestia, que logro con todos mis discípulos, gracias á un método especial, invención mía, resultados verdaderamente admirables. Lo mismo los que tienen ya nociones del conocimiento de un idioma cualquiera, empíricas ó técnicas, que aquellos que desconocen en absoluto los rudimentos de una lengua, logran dominar ésta en bre-

vísimo plazo con mis lecciones teórico-prácticas al alcance de todas las inteligencias.

GEN. Muy bien. Pues oiga usted...

PROF. Yo me permito asegurar á ustedes que mi método de enseñanza supera y aventaja á todos los conocidos, porque una larga práctica y un estudio profundo y detenido de cuanto se ha escrito sobre el particular, me han hecho comprender la conveniencia de no molestar al que aprende con ejercicios pesados y enojosos, con temas incoherentes y aburridísimos, con declinaciones y conjugaciones que acaban por aturdir y marear al discípulo; yo lo fío todo á la viva voz, todo á la palabra hablada, que penetrando por el oído hasta el cerebro, parece grabarse allí con caracteres indelebles.

GEN. Pero...

PROF. Hablar, hablar siempre y á todas horas; *parler* en francés, *parlare*, en italiano, *spocken* en inglés, *sprechen* (1) en alemán, *stuchot* en ruso, *leguein* en griego, *et sic de cœteris*. En una palabra: conversación, conversación y nada más que conversación.

CLEM. (¡Qué taravilla!)

GEN. Nos parece muy bien; pero oiga usted un momento.

PROF. Estoy siempre á sus órdenes.

GEN. En esta ocasión no se trata de que enseñe usted ningún idioma, sino únicamente de traducir...

PROF. (Interrumpiéndola.) ¡Traducir! ¡Ah, señora! Esa es precisamente mi especialidad: la traducción exacta, la versión fidelísima, la interpretación justa, para lo cual es auxiliar poderosísimo la etimología, conocimiento del origen de las palabras, que nos enseña su verdadero significado, imposible de apreciar en todo su valor y exactitud no dominando la lengua madre. (La Generala se abanica impacientísima.) Yo para traducir tengo una inmensa ventaja, aun sobre aquellos que poseen un

(1) Léase «esprejen».

idioma con perfección; porque yo busco el origen, me voy á la fuente, cosa vedada á todo aquel que desconoce el griego, el latín, el caldeo y el árabe. Yo, señora, entre muertas y vivas poseo catorce lenguas.

GEN. ¡Ya se le conoce á usted! Pues el objeto de haberle llamado, es rogarle que traduzca estas cartas que están en francés.

PROF. ¡Ah! ¿Sólo se trata de eso?

GEN. Nada más.

PROF. Tendré sumo gusto en servir á usted inmediatamente. ¿Y desea usted que se las vierta al castellano ó á cualquier otro idioma ó dialecto?

GEN. Al castellano.

PROF. Muy bien. ¿Quiere usted que la traducción sea literal ó libre?

GEN. Quiero saber lo que dicen nada más. (Levantándose incomodada.)

CLEM. Eso es, saber lo que dicen.

PROF. ¿Y de palabra ó por escrito?

GEN. ¡Por escrito, hombre, y pronto, lo más pronto posible!

PROF. Inmediatamente; esto es un trabajo baladí; esto no tiene la menor importancia.

GEN. Para mí tiene mucha. (A Clemencia.) ¿Hay por ahí papel y tintero?

CLEM. Que pase al despacho

GEN. Sí, mejor es. Tome usted; con estas cuatro me basta (Dándole las cartas que ha leído.) El objeto es que acabe usted pronto.

CLEM. Pase usted por aquí. (Indicándole la primera izquierda.)

PROF. Con permiso de ustedes... (Pasando por delante de la Generala haciendo cortesías.)

GEN. ¡Ah! Oiga usted. (Enseñándole el dorso de uno de los retratos.)

PROF. ¡Señora!...

GEN. ¿Qué dice aquí? ¿Qué es esto de *a mon bijou?*

PROF. (Pronunciándolo bien.) *¡A mon bijou!* A mi alhajita.

GEN. ¡Alhajita! (¡Ya es ella buena alhaja!)

PROF. Es una frase tierna, dulce, mimosa: *mon bijou*: los franceses son muy cariñosos.

GEN. Y las francesas más.
PROF. Indudablemente.
GEN. Vaya usted, vaya usted pronto.
PROF. Siempre á sus órdenes, señora. Esto se hace en cinco minutos. Beso á usted los piés. (Medio mutis.) Beso á usted los pies. (Entra con Clemencia.)

ESCENA IX

GENERALA, luego el CORONEL por la segunda izquierda

GEN. (Leyendo la dedicatoria.) (Pronunciándolo como suena.) *¿Mon bichu, mon bichú?* Ya te daré yo el bichú.
COR. (Dentro.) ¿Están por aquí?
ASIS. (Idem.) Zí, señor.
GEN. ¡El coronel!
COR. Ya estoy de vuelta. Afortunadamente me han detenido poco. ¡Hace un calor horrible! (Deja la teresiana y el sable sobre el diván.)
GEN. ¿Sí, eh?
COR. Como en el Senegal. ¿Y Clemencia?
GEN. Ha ido allá dentro. Ahora vendrá. Siéntese usted, hombre, siéntese usted, que viene sofocado. Tome usted mi abanico. Descanse usted. (El Coronel se sienta en la mecedora.)
COR. Muchas gracias No comprendo cómo se le ha ocurrido al General irse de paseo á estas horas y con este sol y hasta Badalona...
GEN. Puede que no haya ido tan lejos. (Con intención.)
COR. Acaso.
GEN. (No conviene que este se entere... Avisaré á Clemencia.) Voy á decir á Clemencia que ha venido usted.
COR. No se moleste.
GEN. Al momento vuelvo.
COR. Como usted guste.
GEN. (¡Con qué oportunidad ha llegado el hombre!) (Al llegar cerca de la puerta se acuerda de que deja olvidado el cesto de la labor donde están los retratos y las demás cartas; vuelve por él y se lo lleva.)

ESCENA X

EL CORONEL se desabrocha la guerrera y se abanica tarareando un vals de los que más se toquen durante los ejercicios gimnásticos

COR. ¡Cuidado con el calor que hace! ¡Qué barbaridad! (Tararea un vals) ¡Y dale con el valsecito! Se me ha metido en la cabeza y en cuanto me distraigo ya estoy con él. ¡Y es que me la trae á la memoria!... *Larará, larará.* La veo columpiarse en el trapecio, con aquella figura incomparable, bañada por la luz eléctrica... y el público abajo con la boca abierta contemplándola. *Larará, larará.* Hasta que rompe en un aplauso *estruendoso,* mientras ella sonríe, sonríe allá arriba siempre... y la orquesta... *¡Larará, larará!*

ESCENA XI

DICHO, CLEMENCIA y GENERALA, que salen por la primera izquierda

CLEM. ¡Hola!

COR. ¡Ah! (Sorprendido y dejando de cantar.)

CLEM. ¿Cómo has vuelto tan pronto?

COR. (Levantándose.) Pues, hija, porque me despacharon al momento y como deseaba descansar un poco... Estoy rendido.

CLEM. ¿Sí? Anda, anda y échate una siestecita.

GEN. Sí, una siestecita...

COR. Eso pensaba; pero haz el favor de no dejarme dormir demasiado... Son las tres... hasta las seis nada más, ¿eh? A esa hora me llamas; porque yo en cogiendo el sueño, ya sabes lo que soy.

CLEM. Es verdad, hijo, no hay quien te despierte.

GEN. A la cama, á la cama.

COR. No; me echaré ahí en el gabinete sobre el diván y estaré más fresco. Llama al asistente para que me quite las espuelas.

CLEM. Yo te ayudaré, anda.

COR. Hasta después, Pepita. ¿No me llamará usted grosero? ¿Eh?

GEN. ¡No faltaba más! (La Generala á hurtadillas del Coronel hace señas á Clemencia para que cierre la puerta por donde se van. Clemencia lo hace. El Coronel vase seguido de Clemencia tarareando el mismo vals.)

ESCENA XII

GENERALA y luego el PROFESOR por la primera izquierda con las cartas en la mano

GEN. Me alegro mucho de que éste no se entere. Ya lo sabrá cuando llegue el caso, cuando yo le dé á Jaime su merecido; porque lo llevará; ¡ya lo creo que lo llevará! Voy á ver si acaba ese hombre. (Va á entrar por la primera izquierda y se detiene.) ¡Ah! Salga usted. ¿Está ya?

PROF. Aquí tiene usted, señora. (En voz muy alta.)

GEN. ¡Chist! Baje usted la voz.

PROF. ¿Hay enfermo? (En voz muy baja toda la escena.)

GEN. Sí, señor.

PROF. No lo sabía, lo siento mucho.

GEN. Gracias. ¿Están todas?

PROF. Las cuatro. Cada una en una cuartilla, numeradas por fechas.

GEN. Está bien, deme usted. (Le coje las cartas y las cuartillas.)

PROF. Por lo visto la autora de esas epístolas no anda muy bien de sintaxis ni de ortografía.

GEN. Ni de vergüenza.

PROF. Bien puede ser.

GEN. (Dándole un billete de banco) Tome usted y muchas gracias.

PROF. ¡Veinticinco pesetas! No tengo cambio aquí (ni en ninguna parte.)

GEN. No hace falta: guárdeselo usted.

PROF. ¡Cómo, señora! Por un trabajo tan insignifi... (Levantando gradualmente la voz.)

GEN. ¡Chist!

PROF. (Con el aliento.) ...cante. Usted perdone; pero

me paga usted de un modo tan espléndido, tan inusitado, que no sé como expresarle mi...

GEN. Eso no merece la pena.

PROF. Señora, ya sabe usted donde me tiene á su disposición incondicionalmente, si en algo puedo serle útil; si otra vez necesita usted de alguna traducción más lata..

GEN. No, más lata, no. ¡Vaya usted con Dios!

PROF. Con su permiso. Soy un servidor de usted. Beso á usted los pies. (¡Veinticinco pesetas! ¡Veinticinco pesetas!) (Con el aliento. Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA XIII

La GENERALA sola

GEN. Por fin voy á convencerme. Estoy deseándolo y al mismo tiempo... ¡Valor! (Leyendo.) «Mañana viernes á las doce en punto de la noche. Dalila.» Esta no dice más. Bien poco es. ¡Pero es bastante! A ver esta otra. «Ven esta noche; necesito tirarte de esos bigotes...» ¡Qué barbaridad! ¡Y que una señora tenga que leer estas cosas... (Continuando.) «de esos bigotes rubios.» ¿Cómo? ¿Rubios? ¡Sí, rubios dice! ¡Ay! ¡Qué felicidad! ¡No es Jaime! Jaime tiene el bigote blanco y recortadito... «bigotes rubios que me gustan tanto.» Bien claro está. No cabe duda... Pero... ¿cómo esta traducción corresponde por el número á la carta en que habla de los mostachones y luego dice Jaime... ¿A ver?... Aquí está... ¡Jaime!... A ver... *Moustaches*... ¡bigotes.. eso es!... ¡Mostachos! No sé cómo no lo he comprendido antes... *Blondes*... rubios. ¡Justo! *Blondos*... *Que j'aime*... que me gustan... ¡Mire usted que demonio! ¡Me gusta en frances se dice Jaime! ¡Cualquiera lo adivinaba!... ¡Ay! ¡Dios mío, qué feliz soy! No me había engañado... Ya extrañaba yo... ¡Qué feliz soy, qué feliz!

ESCENA XIV

DICHA y CLEMENCIA por la primera derecha.

CLEM. ¡Está durmiendo como un bendito!

GEN. ¡Clemencia! ¡Dame un abrazo! ¡Soy dichosa! ¡Dichosa! Mi marido no me engañaba.

CLEM. ¿Lo ve usted?

GEN. Estas cartas son para otro. Lee, lee la traducción.

CLEM. ¡Cuánto me alegro! No se debe juzgar nunca sin pruebas inequívocas... ya se lo decía yo á usted.

GEN. Tienes razón, hija mía, tienes razón, y otra vez, te aseguro que seré más prudente.

CLEM. Las cartas son poco edificantes. (Después de leer dos.)

GEN. Muy poco. No me perdono el disgusto que he dado al pobrecito... Cuando vuelva de paseo, he de pedirle perdón de rodillas por haberle juzgado tan mal... y por haber descerrajado el *secreter*.

CLEM. (Leyendo.) «Tus bigotes rubios.» Rubios... (Preocupada.)

GEN. Sí, rubios. Eso me ha convencido de que no se trataba de Jaime.

CLEM. Bigotes rubios... (Mirando fijamente á la Generala, que se hace entonces cargo de lo que ocurre.)

GEN. (¡Ay! ¡Dios mío!) (Aterrada.)

CLEM. (Leyendo.) «Tan hermosos y que me gustan tanto...» A ver... á ver esa otra... (Impaciente.)

GEN. Deja, no... (Queriendo guardarlas.)

CLEM. (Con energía.) ¡Démelas usted!

GEN. ¿Pero qué tienes? ¿Qué sospechas?

CLEM. Lo mismo que usted. Lo mismo.

GEN. Yo... no...

CLEM. Venga eso. (Leyendo.) «Gracias por tu regalo, que es lindísimo. Siempre tuya. Dalila.» (Leyendo otra carta.) «Santiago mío...» ¡Ah!

GEN. ¿Santiago?... ¿dice Santiago?

CLEM. Sí, mire usted. (Angustiada.)

GEN. (¡Qué imprudencia la mía!) Sí, eso dice, pero no prueba nada... Hay muchos Santiagos...

CLEM. ¡Es él, es él! No me engaña mi corazón... (Echándose á llorar.)

GEN. No debe juzgarse sin pruebas inequívocas; tú misma me lo decías hace un momento.

CLEM. (Leyendo con gran impaciencia) «Santiago mío: quiero que esta tarde pases de uniforme por delante de mi balcón. Me encanta verte tan gallardo y marcial en tu caballo blanco.» ¿Quiere usted más pruebas?

GEN. No basta, hija, no basta...

CLEM. Los bigotes rubios... Santiago... el caballo blanco...

GEN. Sí, pero también el Apóstol Santiago... (¡No sé lo que me digo!)

CLEM. ¡Ay! ¡Qué desgraciada soy!

GEN. ¡Clemencia, por Dios!

CLEM. ¡Ay! ¡Qué infamia tan grande!

GEN. ¡Sí, que lo es! ¡El marido modelo! Pero... ¿quién sabe? Coincidencias acaso...

CLEM. No, no; harto sabe usted que es verdad. Por eso el General no ha querido decir á usted de quién eran las cartas...

GEN. ¡Indudablemente! Digo... tal vez... (No salgo de mi asombro.)

CLEM. Además; usted sabe que es el único amigo íntimo que tiene... y para darle á guardar todo eso...

GEN. Es verdad, hija mía, pero... (¡Qué grandísimo pillo!)

CLEM. ¡Ay! Sí. ¡Mi desdicha es bien cierta! ¡Ingrato, ingrato! (Llorando.)

GEN. Verdaderamente, no sé lo que merecía ese hombre.

CLEM. Yo voy á decirle... (Yendo á la puerta derecha.)

GEN. ¡No, por Dios! Detente, espera...

CLEM. (Mirando desde la puerta.) Allí está. Mírelo usted tan tranquilo. ¡Parece mentira que pueda dormir así!

GEN. ¡Si son muy malos, hija, si son muy malos! (Separándola de la puerta.)

CLEM. ¡Ay! ¡Dios mío de mi alma! (Llorando á gritos.)

GEN. Calla, que se va á despertar.

CLEM. ¡No se despierta, no! ¡Por eso no quería llevarme al Circo! ¡Por eso hace algún tiempo que pasa las noches fuera de casa!

GEN. ¡Válgame Dios! ¿Por qué te habré yo dado esas malditas cartas?

CLEM. (Sentándose en la silla de la izquierda.) ¡Qué desdichada soy! Yo que me creía tan feliz; yo que no sospeché nunca de él...

GEN. Ni tú ni nadie. ¡Hipocritón! Nos ha tenido engañados como á unos chinos.

CLEM. (Levantándose y paseando agitadísima.) ¡Pero no! ¡No quiero llorar! Yo necesito vengarme! vengarme de un modo horrible...

GEN. Lo merece... Pero... procura serenarte... dominarte...

CLEM. Ya me domino, ya.

GEN. Esto, al fin y al cabo, no será sino un capricho pasajero, una falta leve...

CLEM. ¿Leve?... ¿Le parece á usted leve?

GEN. No, hija, no; me parece grave, gravísima... ¿Por qué negarlo? Pero es preciso que procuremos evitar daños mayores.

CLEM. Lo que más me exaspera es verle dormido como un tronco. (Deteniéndose para mirar al Coronel.)

GEN. Cierra esa puerta, no vaya á oirnos.

CLEM. Ni aunque pasara un tren de artillería. No le despierta nada.

GEN. Ven acá, tranquilízate un poco y pensemos juntas.

CLEM. ¡No sé lo que haría!...

GEN. (Abrazándola.) Ante todo es necesario buscar un medio de que acaben esas relaciones... De que no vuelva á ver á esa mujer...

CLEM. ¿Y cómo evitarlo?

GEN. Teniéndole siempre á tu lado.

CLEM. Eso es imposible; tiene sus deberes; no voy á acompañarle al cuartel...

GEN. Hay que buscar un medio para que no salga de casa hasta que esa mujer se haya marchado de Barcelona. La temporada del Circo está próxima á terminar. Ella se irá á San Petersburgo, á América, sabe Dios á donde y se acabó la historia.

CLEM. Pero entre tanto...

GEN. (Teniéndola siempre abrazada.) Entre tanto, finges no saber una palabra; te dominas y procuras estar con tu marido más cariñosa que nunca para que no sospeche nada. Eso es lo más importante; no turbar la paz que siempre ha habido entre vosotros; evitar la primera riña, que en este caso tendría que ser grave.

CLEM. No podré, no podré ocultar mi desesperación. (Llorando.)

GEN. Pues no hay más remedio. Es un sacrificio del cual depende acaso la felicidad de toda tu vida.

CLEM. ¡La hermosa Dalila! (Volviendo á leer la carta.) «Tus bigotes rubios.»

GEN. Trae, trae acá; no leas más eso.

CLEM. ¡Dalila! (Llorando.)

GEN. ¡Dalila! ¡Qué idea! ¡Dalila! (Recogiendo las cartas.) ¡Los bigotes!... Yo si lo hacía; ¡ya lo creo! Tú no eres capaz.

CLEM. En este momento soy capaz de todo.

GEN. Es un recurso bíblico. Dalila, la otra, no ésta, para salvar á los filisteos cortó los cabellos á Sansón, porque en ellos tenía toda su fuerza.

CLEM. No estoy para bromas.

GEN. Te lo digo en serio. Tu marido por lo visto para esa señora tiene toda la fuerza en el bigote. Déjale sin él y salvarás á los filisteos.

CLEM. Repito á usted que no tengo humor...

GEN. Sin bigote no se presenta á ella. ¡Qué ha de presentarse! Venganza más sabrosa no puede ofrecerse á una mujer ofendída. ¡Si fuera mi marido! Vamos á ver; ¿no merece un castigo ejemplar? (Llevándola hasta la puerta para que mire al Coronel.)

CLEM. ¡Oh! ¡Ya lo creo!

GEN. Pues esta es la ocasión...

CLEM. ¡Infame! (Llorando.)

GEN. ¿No tienes valor? ¿No te atreves?

CLEM. ¡Qué desgraciada soy, Dios mío! (Cayendo sobre una silla volante y cubriéndose la cara para llorar de espaldas á la puerta de la derecha.)

GEN. ¿No te atreves? ¿No te atreves? Lo haré yo. (Empuña las tijeras, y vase por la primera derecha.)

CLEM. ¡Parece mentira! ¡Engañarme de esa manera! ¿Quién había de sospecharlo? ¡No merece perdón! ¡No lo merece! ¡Se acabó la felicidad para mí! ¡Ya jamás podré tener confianza en él, jamás, jamás! (Llorando siempre.)

GEN. (Saliendo con el bigote en la mano y deteniéndose á la puerta como aterrada de lo que ha hecho. Con voz muy grave.) ¡Ay! (Clemencia, que hasta entonces ha tenido la cabeza entre las manos, la levanta y mira á la Generala) ¡Clemencia!

CLEM. ¿Qué es eso?

GEN. ¡Se lo corté! ¡Toma, consérvalo en un guardapelo!

CLEM. ¿Qué ha hecho usted?

GEN. Ya no tiene remedio. (Corta un pedazo de un periódico de los que hay sobre la mesita, envuelve el bigote y se lo da á Clemencia.)

CLEM. Pero cuando él se despierte... (Rapidísimo hasta el final de la escena.)

GEN. ¡Armará un escándalo! No te importe; yo calmaré sus iras. Tú no sabes una palabra de cuanto ha ocurrido; le crees tan fiel como antes, más que antes ..

CLEM. Pero...

GEN. Sólo así respondo de que no vuelva á engañarte. Vé allá dentro, anda. Lávate los ojos para que no conozca que has llorado. Déjame aquí sola. Ya puedes ir bien segura de que en dos meses no sale de casa... Anda, anda y no vengas mientras yo no te llame. (Empujándola hacia la primera izquierda.)

CLEM. No sé lo que me pasa; estoy aturdida. ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! (Vase por la primera izquierda llorando ruidosamente.)

ESCENA XV

LA GENERALA. Luego EL ASISTENTE

GEN. (Después de abrir la puerta.) (Sigue como un tronco! ¡Que sueñecito tiene el hombre! Y yo necesito que se despierte. Los peligros pa-

sarlos pronto. ¿Qué haría yo? ¡Ah! Sí. (Coge el timbre, se va con él á la puerta y lo hace sonar continuamente.) ¡Ni con un cañonazo!

ASIST. ¿Qué manda vuecencia?

GEN. Nada. Que te largues.

ASIST. (Puez vaya un entretenimiento que tiene la zeñora.) (Vase.)

GEN. (Tocando siempre.) ¡Este hombre es un marmolillo! ¡Ah! ¡Ya se mueve! ¡Ya se despertó! (Sepárase rápidamente de la puerta, y deja el timbre sobre la mesita.) ¡Dios me coja confesada! (Santiguándose.)

ESCENA XVI

DICHA y EL CORONEL

COR. (Saliendo por la primera derecha.) ¿Pero qué es eso?

GEN. (¡Uy, qué feo está!)

COR. ¿Quién tocaba el timbre que me ha despertado?

GEN. ¡Yo!

COR. ¡Ah! ¡Usted dispense! (Con la mayor finura y cortesía.) ¿Y Clemencia? (Al ir á atusarse el bigote, como lo hace con mucha frecuencia en las escenas anteriores, se queda sorprendido.) ¡Eh! ¿Qué es esto? (Palpándose y cada vez mas admirado.) ¿Pero, qué es esto? ¡Yo estoy dormido! (Atónito.) ¡Yo estoy soñando sin duda! ¡Esto es una pesadilla! (Mirándose al espejo.) ¡Jesús! ¡Voto á cien mil demonios! ¿Quién ha entrado ahí?... ¿Quién se ha atrevido? (Como una fiera.)

GEN. ¡Yo! (Cogiendo las tijeras como preparándose para defenderse.)

COR. ¡Usted!

GEN. ¡Con estas tijeras!

COR. (¡Se ha vuelto loca sin duda!) ¡Pero señora!

GEN. ¡Silencio! ¡No conviene á usted que se entere Clemencia! (Cierra la primera puerta de la izquierda y todavía empuñando las tijeras se dirige al Coronel que retrocede asustado.)

COR. (¡Loca rematada!)

GEN. Ya sé lo que está usted pensando; que he perdido el juicio, ¿verdad? Pues está usted equivocado. Quien se ha vuelto loco es usted. Solo así tiene disculpa el engañar á una mujer como la suya.

COR. ¿Qué dice usted?

GEN. ¡Una mujer jóven, buena, elegante, hermosa... más hermosa que la hermosa Dalila!

COR. ¡Señora! (Como suplicándole que calle.)

GEN. Lo he descubierto todo, encontrando las cartas y los retratos, y he querido castigar á usted con una broma... tal vez algo pesada.

COR. (A gritos.) ¡Intolerable!

GEN. ¡Silencio, que puede oír Clemencia!...

COR. (En voz baja.) Pero ella no sabe...

GEN. Ni una palabra; y para que siga ignorándolo, no grite usted.

COR. ¡Señora! ¿Y con qué derecho se ha atrevido usted?... (Furioso en voz baja.)

GEN. Las mujeres nos atrevemos á todo. ¡Como un caballero no había de hacerme nada!...

COR. ¡Esto no se puede sufrir! ¿Por qué no se vuelve usted hombre? (Irritadísimo.)

GEN. (Con la mayor naturalidad.) ¡Qué más quisiera yo!

COR. Voy á ver al General. El y yo nos entenderemos.

GEN. Ya se entienden ustedes, ya. Pero no le dirá una palabra, porque entonces Clemencia lo sabría todo. (En alta voz.)

COR. (Paseandose furioso.) Esto no puede quedar así; yo no lo consiento, yo no lo sufro. Hasta ese extremo podía llegar la tolerancia. ¡Señora, la confianza tiene sus límites!... ¡Esto es un abuso inconcebible! (Después de mirarse otra vez al espejo.) ¡Por vida de todos los demonios! ¿Dónde me presento yo de esta manera?

GEN. En ninguna parte. Debe usted pasar al lado de su mujer dos ó tres meses... hasta que esté usted presentable.

COR. ¿Y qué le digo yo á mi mujer, señora, qué le digo?

GEN. De eso me encargo yo. Verá usted qué pronto lo arreglo... ¡Clemencia!

COR. ¡Pero, señora!... (Deteniéndola.)
GEN. ¡Clemencia!
COR. (¡Vamos, la mataría!)

ESCENA XVII

DICHOS y CLEMENCIA por la primera izquierda (1)

GEN. Mira, hija mía, mira qué desgracia acaba de pasarle á tu marido.
CLEM. ¿Qué, qué ha pasado?
GEN. Vuélvase usted, hombre. (Al Coronel que está de espaldas, desde que ha salido Clemencia.)
COR. (¡Vive Dios!)
GEN. Pues, nada; que al encender la colilla de un cigarro, el fósforo ha prendido en los bigotes y... ¡fuf! se los ha chamuscado y ha tenido que cortárselos.
CLEM. ¿De veras?
COR. (Volviéndose hacia ellas.) Sí... eso... eso ha sido.
GEN. Y ahí lo tienes desesperado, echando espuma por la boca, como si fuera una desdicha irremediable.
COR. (¡Se necesita más paciencia!)
CLEM. Eso no te preocupe. Yo te quiero con bigote... (2) (Acercándose cariñosamente á él.) ¡y sin bigote! (Echándose á llorar ruidosamente.)
COR. ¿Por qué lloras? (Alarmadísimo.)
CLEM. ¡Ay, Dios mío! (Sollozando y abrazándose al Coronel.)
GEN. (A Clemencia.) (¡Prudencia, por Dios!)
COR. ¿Pero por qué llora así? (A la Generala.)
GEN. Pues, hombre, ¿por qué ha de llorar? ¡Porque se ha quedado usted muy feo!
COR. ¡Señora!
GEN. ¡Es usted el retrato del capellán del segundo regimiento, clavado!
COR. (Abrazándola.) No llores, Clemencia, no llores.
GEN. Vaya, vaya; esto no tiene importancia ninguna, y para que tu esposo no necesite pre-

(1) Coronel—Generala—Clemencia.
(2) Coronel—Clemencia—Generala.

sentarse así, esta misma noche mi marido conseguirá para usted del Capitán General una licencia de dos meses. Se van ustedes á Valvidrera, á la montaña... á pasar una segunda luna de miel.

CLEM. ¡Ay! Sí, sí; ¿quieres?

COR. ¡Ya lo creo! (Esta sabe algo y no me lo dice; es un ángel.) (La abraza.)

GEN. Y ya verá usted, ya verá usted con el aire del campo qué pronto crece eso. (Señalando al sitio de bigote.)

COR. ¡Señora!... (Por lo bajo.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y el PROFESOR por la segunda izquierda (1)

PROF. ¿Hay permiso?

COR. Adelante.

GEN. (¡A qué vendrá este hombre!) (Aparte á Clemencia.)

CLEM. (Va á descubrirlo todo.)

PROF. Servidor de ustedes. (Reparando en Clemencia.) (Esta señora ha llorado.) (Aparte á la Generala en voz muy baja.) ¿Acaso está peor el enfermo?

GEN. Ya está bueno.

PROF. (En voz alta.) Lo celebro mucho.

COR. (Tapándose la boca con la mano derecha.) ¿Qué deseaba usted?

PROF. Pues únicamente recoger el quitasol que me dejé olvidado. Allí lo veo. (Lo coge.) Ruego á ustedes que me dispensen si he vuelto á molestarles; pero este es un artefacto imprescindible en estos días caniculares.

COR. Pero... (Con extrañeza.)

GEN. El señor es un profesor de idiomas que vive en esta misma casa y á quien Clemencia hizo venir porque...

PROF. Porque...

GEN. (Interrumpiéndole.) Porque deseaba sorprender á usted aprendiendo el francés en secreto.

COR. ¡Ah! Ya.

---

(1) Coronel—Clemencia—Generala—Profesor.

CLEM. Sí, quería sorprenderte.

PROF. (¡Yo sí que me sorprendo!)

COR. Pues apréndelo si te agrada. (Al Profesor.) Cuando volvamos del campo... allá para Octubre, avisaremos á usted.

PROF. (1) (Al Coronel.) Muy bien pensado; para todos los ejercicios intelectuales es preferible la estación del frío, porque funcionan con más regularidad las celulillas cerebrales y...

COR. Bien, bien; ya le avisaremos... (Cubriéndose siempre la boca con las manos.)

PROF. ¿Le duelen á usted las muelas?

COR. No, señor. (Con violencia.)

PROF. Lo celebro, porque es una dolencia de escasa gravedad, pero molestísima. (Dándole la mano, con lo cual obliga al Coronel á darle la suya derecha, cubriéndose rápidamente la boca con la izquierda.) He tenido un verdadero honor en saludar á usted, y me ofrezco para todo cuanto pueda serle útil. (El mismo juego anterior.) Arriba en el piso cuarto de la derecha, me tiene incondicionalmente á sus órdenes. (Repite el mismo juego.) Gil Barbadillo, profesor de idiomas, sistema especial teórico práctico.

COR. Vaya usted con Dios (Con violencia. El profesor le mira asustado y al ir á retirarse le detiene la Generala.)

GEN. No, espere usted un momento. Quiero que antes de que usted se marche, se entere de algo que nos interesa muchísimo.

PROF. ¿Qué es ello?

GEN. Pues... saber si estos señores,
antes que baje el telón,
conceden su aprobación
al autor y á los actores.

---

(1) Coronel—Profesor—Generala—Clemencia.

TELON

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

UN SARAO Y UNA SOIRÉE [1], zarzuela en dos actos y en verso, original, música del maestro Arrieta. (Tercera edición.)

EL FIGLE ENAMORADO, sainete original, música del mismo maestro.

LA MUJER DEL PRÓJIMO, comedia en un acto y en verso, original.

DE MADRID A BIARRITZ [2], zarzuela original, en dos actos y en prosa, música del maestro Arrieta.

MÁS VALE TARDE QUE NUNCA, proverbio original y en prosa, en un acto.

PERRO, 3, 3.°, IZQUIERDA [3], juguete cómico en un acto, original y en prosa.

¡CHITÓN! [3], idem, idem.

UN PALOMINO ATONTADO, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo del francés, música del maestro Rogel.

UN CUARTO DESALQUILADO, pasillo cómico, original y en verso.

SE CONTINUARA), juguete en un acto, escrito sobre un pensamiento francés.

ESPERANZA, zarzuela dramática en dos actos y en verso, original, música del maestro Cereceda.

LAS MEDIAS NARANJAS [3], comedia en dos actos, en prosa, imitada del italiano.

EVA Y ADAN, juguete cómico, original y en verso.

LA HOJA DE PARRA, juguete cómico-lírico, en verso, original, música del maestro Marqués.

LA GALLINA CIEGA, zarzuela cómica, en dos actos y en prosa, imitada del francés, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

LEVANTAR MUERTOS [4], juguete cómico en dos actos y en prosa.

EL DOMADOR DE FIERAS [3], sainete lírico, escrito sobre el asunto de un vaudeville, música del maestro Barbieri.

DOCE RETRATOS SEIS REALES, pasillo cómico, original y en verso. (Segunda edición.)

LEÓN Y LEONA, entremés en prosa, original.

CADA LOCO CON SU TEMA, juguete cómico original, en un acto y en prosa.

LOS SEÑORITOS, comedia en tres actos, original y en prosa.

LA VIUDA DEL ZURRADOR [5], parodia en un acto y en verso.

LA CLAVE [3], zarzuela en dos actos, música del maestro Caballero.

LA MAMÁ POLÍTICA, comedia en dos actos, original y en prosa.

LA MARSELLESA, zarzuela en tres actos, original y en verso, música del maestro Caballero. (Quinta edición.)

LA CARETA VERDE, comedia de gracioso, en dos actos, original y en prosa. (Tercera edición.)

EL SIGLO QUE VIENE [2], zarzuela cómico-fantástica, original, en tres actos y en prosa, música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

EL AÑO SIN JUICIO, revista cómica, original, en un acto.

LOS MADRILES, revista cómica, original, en dos actos.

LOS SOBRINOS DEL CAPITÁN GRANT, novela cómico-lírico-dramática, en cuatro actos, música del maestro Caballero. (Tercera edición.)

EL EMPRESARIO DE VALDEMORILLO, revista cómica, en dos actos, original.

EL DIABLO COJUELO, revista en tres actos, música del maestro Barbieri.

EL NOVENO MANDAMIENTO, comedia en tres actos, original y en prosa.

LAS DOS PRINCESAS, zarzuela en tres actos, arreglada del francés, con música del maestro Caballero. (Segunda edición.)

ESTO, LO OTRO Y LO DE MÁS ALLÁ, revista cómica, original, en un acto.

PERIQUITO [5], zarzuela cómica en tres actos, en prosa y verso, escrita sobre un pensamiento francés, música de maestro Rubio.

LA OCASIÓN LA PINTAN CALVA [5], comedia en un acto y en prosa, imitada del francés.

¡ADIOS, MADRID! [5], boceto de costumbres madrileñas, en tres actos en verso y prosa, original.

DE TIROS LARGOS [5], juguete cómico, arreglo del italiano, en un acto y en prosa.

LA PRIMERA CURA [5], comedia en tres actos y en verso, original.

LA PRIMERA CURA [5], refundida en dos actos.

LA CALANDRIA [5], juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL HIJO DE LA NIEVE [5], novela cómico-dramática, en tres actos, en prosa y verso, original.

ROBO EN DESPOBLADO [5], comedia de gracioso en dos actos, y en prosa, original. (Tercera edición.)

LA TEMPESTAD, melodrama original, en tres actos, en verso y prosa, música del maestro Chapí. (Décima edición.)

LA MUJER DEL SERENO, comedia original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

LA CRIATURA, humorada cómica original en un acto y en prosa. (Tercera edición.)

LA ALMONEDA DEL 3.° [5], comedia en dos actos, original y en prosa

PAPELES SON PAPELES..., proverbio en un acto, original y en prosa.

CORO DE SEÑORAS [5], pasillo cómico-lírico original, en un acto y en prosa, música del maestro Nieto. (Tercera edición.)

GOLONDRINA, comedia en un acto y en prosa, original.

LOS LOBOS MARINOS [5], zarzuela cómica en dos actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Tercera edición.)

EL PADRÓN MUNICIPAL [5], juguete cómico en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

LA BRUJA, zarzuela en tres actos y en prosa, original, música del maestro Chapí. (Sexta edición.)

EL SEÑOR GOBERNADOR [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Cuarta edición.)

EL CHALECO BLANCO, episodiocómico-lírico en un acto, en prosa, original, música del maestro Chueca. (Tercera edición.)

EL REY QUE RABIÓ [5], zarzuela cómica, original, en tres actos, en prosa y verso, música del maestro Chapí. (Octava edición.)

EL OSO MUERTO [5], comedia en dos actos y en prosa, original. (Segunda edición.)

ZARAGÜETA [5], comedia en dos actos y en prosa, original (Quinta edición.)

EL BIGOTE RUBIO, comedia en un acto y en prosa (segunda edición).

---

1 En colaboración con el Sr. Lustonó. 2 Id. id. Coello. 3 Idem Idem Campoarana. 4 Id. id. Blasco. 5 Id. id. Vital Aza.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerias de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martin*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sello de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.